

LIBRO UNO

Lo
MEJOR *de*
A.W. TOZER

Libros de A. W. Tozer publicados por Portavoz:

El Consejero: Una conversación franca sobre el Espíritu Santo

Diseñados para adorar

Deléitate en Dios

Fe auténtica

Fe más allá de la razón

Lo mejor de A. W. Tozer, Libro uno

Lo mejor de A. W. Tozer, Libro dos

Los peligros de la fe superficial

El poder de Dios para tu vida

¡Prepárate para el regreso de Jesús!

La presencia de Dios en tu vida

Una fe incómoda

La verdadera vida cristiana

Y Él habitó entre nosotros

LIBRO UNO

Lo
MEJOR *de*
A.W. TOZER

COMPILADO POR

WARREN W. WIERSBE



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Best of A. W. Tozer, Book One* © 1978, 2000 por The Moody Bible Institute of Chicago y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Lo mejor de A. W. Tozer, Libro uno* © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5771-5 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6667-0 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7481-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Introducción9

Extractos de *La búsqueda de Dios*

1. Siguiendo a Dios sin cesar15
2. La voz que habla24
3. La mansedumbre y el reposo.....33

Extractos de *Nacido después de medianoche*

4. Nacido después de medianoche40
5. Lo erótico frente a lo espiritual.....44
6. Para vivir como es correcto debemos pensar
adecuadamente.....48
7. La fe se atreve a fracasar52
8. El valor de una imaginación santificada.....56
9. La cercanía es semejanza60
10. Por qué somos tibios respecto al regreso de Cristo.....64

Extractos de *Dios habla a quien le busca*

11. Dios habla a quien le busca68
12. El lugar vital de la Iglesia72
13. La organización: necesaria y peligrosa.....74
14. Las divisiones no siempre son malas80
15. La responsabilidad del liderazgo84
16. La oración de un profeta menor.....88

17. Se busca: coraje con moderación	92
18. Este mundo: ¿patio de juegos o campo de batalla?.	97
19. La decreciente autoridad de Cristo en las iglesias.	101

Extractos de *Ese increíble cristiano*

20. Ese increíble cristiano	110
21. Qué significa aceptar a Cristo.	114
22. La insuficiencia del “cristianismo instantáneo”	118
23. No hay sustituto para la teología.	122
24. La importancia del autoanálisis.	126
25. Los rasgos del hombre espiritual.	130

Extractos de *La raíz de los justos*

26. La raíz de los justos	134
27. Es fácil vivir con Dios	137
28. Cómo recibir una amonestación	140
29. El gran dios Entretenimiento	143
30. Enseñado por la Biblia o por el Espíritu	147
31. La cruz es algo radical.	150

Extractos de *De Dios y los hombres*

32. El informe del observador	153
33. La exposición debe tener una aplicación	157
34. Cuidado con la mentalidad “de archivador”	160
35. Uso y abuso del humor	164
36. Cultivemos la sencillez y la soledad.	167
37. El mundo de la Biblia es el mundo real	171
38. La alabanza tridimensional.	174

Extractos de *El hombre, la morada de Dios*

39. El hombre, la morada de Dios.177
40. Por qué a la gente le resulta difícil la Biblia.180
41. La fe, la doctrina mal entendida.184
42. La verdadera religión no es sentimiento, sino voluntad . . .189
43. La cruz antigua y la nueva193
44. A Dios hay que amarle por sí mismo.197
45. Cómo probar los espíritus201
46. Pensamientos sobre los libros y la lectura.216
47. El santo debe caminar solo220

Extracto de *Cómo ser lleno del Espíritu Santo*

48. Cómo ser lleno del Espíritu Santo.227

**Extracto de *La adoración: la joya ausente en
la Iglesia evangélica***

49. La adoración: la actividad natural de los seres morales . . .235

Extracto de *¿Quién clavó a Cristo en la cruz?*

50. Cristiano, ¿te menosprecias demasiado?242

Extracto de *Caminos hacia el poder*

51. Los milagros van tras el arado256

Extracto de *Deja marchar a mi pueblo*

52. El patrón Jaffray262

INTRODUCCIÓN

*“Imagino que mi filosofía es esta:
todo está mal hasta que Dios lo arregla”.*

Esta afirmación del Dr. A. W. Tozer resume a la perfección lo que creía y lo que intentó hacer durante sus años en el ministerio. El eje de todas sus predicaciones y sus libros era Dios. No tenía tiempo que dedicar a los vendedores ambulantes religiosos que inventaban maneras nuevas de vender sus mercancías e inflar sus estadísticas. Como Thoreau, al que leía y admiraba, Tozer caminaba a otro compás; por este motivo, normalmente no seguía el paso de muchas de las personas que integraban el desfile religioso.

Pero es precisamente esta excentricidad evangélica la que nos hizo quererle y apreciar su obra. No temía decirnos lo que estaba mal. Tampoco vacilaba en decirnos cómo podía arreglarlo Dios. Si podemos comparar un sermón con la luz, A. W. Tozer lanzaba rayos láser desde el púlpito, un haz luminoso que penetraba en tu corazón, abrasaba tu conciencia, manifestaba el pecado y te inducía a clamar: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. La respuesta siempre era la misma: entrégate a Cristo; conoce a Dios personalmente; crece para ir pareciéndote a Él.

Aiden Wilson Tozer nació en Newburg (entonces conocida como La Jose), Pennsylvania, el 21 de abril de 1897. En 1912, la familia se trasladó de su granja a Akron, Ohio, y en 1915 Tozer se convirtió a Cristo. De inmediato comenzó una vida de intensidad devocional y testimonio personal. En 1919 empezó como pastor de una iglesia de la Alianza en Nutter Fort, Virginia Occidental. También fue pastor de iglesias en Morgantown (Virginia Occidental), Toledo (Ohio), Indianápolis (Indiana) y, en 1928, se

trasladó a la Southside Alliance Church, en Chicago. Allí sirvió hasta noviembre de 1959, cuando se convirtió en el pastor de la Avenue Road Church, en Toronto. Un ataque al corazón repentino, que tuvo lugar el 12 de mayo de 1963, acabó con ese ministerio, y Tozer entró en la gloria celestial.

Estoy seguro de que Tozer llegó a más personas por medio de sus escritos que de sus sermones. Buena parte de sus escritos quedan reflejados en la predicación de aquellos pastores que alimentaron sus almas con sus palabras. En mayo de 1950 lo nombraron editor de *The Alliance Weekly*, llamada hoy *The Alliance Witness*, que seguramente se trataba de la única publicación religiosa que la gente adquiriría para leer sus editoriales. Un día escuché al Dr. Tozer hablando en una conferencia para la Asociación

de Prensa Evangélica, donde amonestó a los editores que practicaban lo que él definía como “periodismo de supermercado: dos columnas de publicidad y un pasillo de material de lectura”. Era un escritor exigente, y era tan duro consigo mismo como lo era con otros.

¿Qué hay en las obras de A. W. Tozer que nos atrapa y no nos deja escapar? Tozer no disfrutó del privilegio de una formación universitaria o seminario, y lo cierto es que ni siquiera contó con formación en alguna escuela bíblica, pero aun así nos ha dejado toda una colección de

libros que serán una fuente de riqueza espiritual hasta que el Señor vuelva.

En primer lugar, A. W. Tozer escribía con convicción. No le interesaba acariciar los oídos de los superficiales cristianos atenienses que buscaban cosas nuevas. Tozer despejó los pozos antiguos y nos llamó de vuelta a los senderos del pasado, y creyó y



**Las multitudes
no corren a
escuchar a un
hombre cuyas
convicciones
hacen que
se sientan
incómodos.**

practicó apasionadamente las verdades que enseñaba. En cierta ocasión le dijo a un amigo mío: “¡He predicado y me han echado de todas las tarimas de conferencias bíblicas en este país!”. Las multitudes no corren a escuchar a un hombre cuyas convicciones hacen que se sientan incómodos.

Tozer era un místico, un místico evangélico, en una era pragmática y materialista. Sigue llamándonos a ver ese mundo espiritual real que se encuentra más allá del mundo físico que tanto nos esclaviza. Nos ruega que agradeamos a Dios y nos olvidemos de la gente. Nos implora que adoremos a Dios para irnos pareciendo más a Él. ¡Qué necesario es este mensaje en nuestros tiempos!

A. W. Tozer tenía el don de tomar una verdad espiritual y sostenerla bajo la luz de forma que, como un diamante, todos pudieran ver y admirar sus facetas. No se perdía en pantanos homiléticos; el viento del Espíritu soplaba y los huesos muertos volvían a la vida. Sus ensayos son como delicados camafeos cuyo valor no depende de su tamaño. Su predicación se caracterizaba por una intensidad (una intensidad espiritual) que penetraba en el corazón de las personas ayudándolas a ver a Dios. ¡Qué bendición es tener a mano un libro de Tozer para un cristiano que tiene el alma sedienta y siente que Dios está lejos!

Esto nos lleva a la que considero que es la mayor contribución que hace A. W. Tozer en sus obras. Nos emociona tanto con la verdad que nos olvidamos de él y acudimos a la Biblia. Él dijo muchas veces que el mejor libro es aquel que te produce el deseo de cerrarlo y pensar por ti mismo. Pocas veces leo a Tozer sin echar mano de mi cuaderno y apuntar alguna verdad que más adelante pueda compartir en un sermón. Tozer es como un prisma que capta la luz y revela toda su belleza.

Elegir “lo mejor de A. W. Tozer” es una tarea casi imposible. ¿Lo mejor para quién? ¿Para satisfacer qué necesidad? Como pastor, yo podría elegir cincuenta ensayos que desafiarían y

bendecirían los corazones de mis hermanos en el ministerio, pero a Tozer lo leen muchas personas que no son pastores. Como escritor, podría elegir capítulos de sus libros que revelan su habilidad con las palabras; pero la mayoría de lectores no son escritores. Quienes apreciamos los escritos de Tozer tenemos sin duda nuestros pasajes favoritos, pero no coincidiríamos en los mismos.

He hecho una selección de los libros de Tozer publicados por WingSpread Publishers de Camp Hill, Pennsylvania, basándome en el tema y en la exposición del mismo.¹ A menudo el Dr. Tozer decía lo mismo de maneras distintas, y he intentado buscar temas esenciales expuestos de la mejor manera posible. Si falta uno de tus ensayos favoritos, quizá te compense leer uno nuevo que no conocías o que habías olvidado.

Si este libro es lo primero que lees de A. W. Tozer, permíteme sugerirte la mejor manera de leer estos ensayos. Te ruego que los leas lentamente y meditando, reflexionando a medida que los lees. No los leas “a toda velocidad”. Cuando leas, escucha lo que Tozer llamaba “la otra Voz” que te transmite verdades por medio de estos mensajes breves. Si en tu alma empieza a arder una verdad determinada, deja el libro a un lado y permite que Dios te hable por medio de su Espíritu. Espera en silencio delante de Él, y Dios te hablará en lo más profundo de tu corazón.

“El mejor libro no es aquel que solo se limita a informar”, escribió Tozer en *El hombre, la morada de Dios*, “sino aquel que induce al lector a informarse por su cuenta”.

Confío en que este libro, compuesto por lo que en mi opinión

1. Para la edición española, indicamos los títulos de los libros tal como fueron publicados en español o, en caso de no existir una edición en español, hemos traducido el título. No obstante, el texto de los capítulos se ha traducido de nuevo a partir de la edición en inglés.

INTRODUCCIÓN

son los mejores ensayos de Tozer, se ajuste a ese patrón. Creo que lo hará. Oro a Dios que este libro exponga a todo un ejército de lectores nuevos a las obras de este hombre de Dios, y que aquellos que le hemos conocido durante mucho tiempo lleguemos a apreciarlo incluso más que antes.

Warren W. Wiersbe

Back to the Bible

SIGUIENDO A DIOS SIN CESAR

Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido

SALMO 63:8

La teología cristiana enseña la doctrina de la gracia previa que, en pocas palabras, significa que antes de que una persona busque a Dios, Dios tiene que haberla buscado primero.

Antes de que un pecador pueda siquiera pensar en Dios, debe haberse producido en su vida una obra de iluminación; puede que sea imperfecta, pero aun así es verdadera, y es la causa oculta de todos los deseos, la búsqueda y la oración que se desprendan de ella posteriormente.

Seguimos a Dios porque Él primero ha puesto en nosotros un estímulo que nos hace empezar a buscarle, y solo por eso. Nuestro Señor dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44), y es gracias a esta *atracción* previa que Dios nos arrebatara cualquier rastro de mérito por el acto de acudir a Él. El impulso de buscar a Dios tiene su origen en Él, pero la puesta en práctica de ese impulso conlleva que le sigamos arduamente; y todo ese tiempo que le seguimos ya estamos en sus manos: “tu diestra me ha sostenido”.

No existe ninguna contradicción entre este “sostenimiento” divino y el “seguimiento” humano. Todo viene de Dios porque,

tal como enseña von Hugel, *Dios siempre está antes*. Sin embargo, en la práctica (es decir, en el punto en que la obra anterior de Dios conecta con la respuesta presente del ser humano), el hombre debe seguir a Dios. Si queremos que esta atracción secreta que parte de Dios se convierta en una experiencia identificable de lo divino, debemos manifestar por nuestra parte una actitud recíproca positiva. Usando las cálidas expresiones de los sentimientos personales que hallamos en el Salmo 42: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?” (Sal. 42:1-2). Aquí vemos un claro llamado a las profundidades de Dios, y el corazón anhelante lo comprenderá.

En nuestros tiempos, la doctrina de la justificación por la fe (una verdad bíblica y un bendito alivio frente al legalismo estéril y los esfuerzos propios inútiles) se ha rodeado de malas com-



**Los cristianos
corremos el
peligro muy
real de perder
a Dios entre
las maravillas
de su Palabra.**

pañías, y muchas personas la han interpretado de tal forma que en realidad aparta a los hombres del conocimiento de Dios. La transacción completa de la conversión religiosa se ha vuelto un proceso mecánico y carente de espíritu. Hoy día se puede tener fe sin que afecte a la vida moral, y sin avergonzar al yo adámico. Se puede “recibir” a Cristo sin que esto produzca en el alma de quien lo recibe ningún cariño especial por Él. El hombre es “salvo”, pero no tiene hambre ni sed de Dios. De hecho, se le enseña

directamente a satisfacerse con poco, y se le exhorta a contentarse con ello.

El científico moderno ha perdido a Dios entre las maravillas del mundo que Él creó; los cristianos corremos el peligro muy real de perder a Dios entre las maravillas de su Palabra. Casi

hemos olvidado que Dios es una Persona y, como tal, la relación con Él puede cultivarse como con cualquier persona. Un rasgo inherente de la personalidad es poder conocer a otros, pero el conocimiento pleno de una persona por parte de otra no se puede producir en un solo instante. Para explorar las posibilidades completas de ambos participantes es necesario comprometerse a tener una relación mental larga y cariñosa.

Toda interacción social entre los seres humanos es una respuesta de una personalidad a otra, que va desde el contacto más informal posible entre una persona y otra a la comunión más plena e íntima de la que es capaz el alma humana. En esencia, la religión, siempre que sea genuina, es el modo en que unas personalidades creadas responden a la Personalidad creadora, que es Dios. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3).

Dios es una Persona y, en lo profundo de su naturaleza poderosa, Él piensa, disfruta, siente, ama, desea y padece como puede hacerlo cualquier otra persona. Al darse a conocer a nosotros, se basa en el patrón familiar de la personalidad. Se comunica con nosotros por las avenidas de nuestra mente, nuestra voluntad y nuestras emociones. La interacción constante y entregada de amor y de pensamiento entre Dios y el alma de los redimidos constituye el corazón latente de la religión del Nuevo Testamento.

Esta relación entre Dios y el alma se nos da a conocer mediante la consciencia personal. Es una interacción personal; es decir, que no llega a nosotros por medio del cuerpo de creyentes, como tal, sino que se manifiesta al individuo y al cuerpo por medio de los individuos que lo componen. Y es consciente; es decir, que no se mantiene por debajo del umbral de la consciencia y actúa allí sin que el alma la perciba (como piensan algunos que lo hace el bautismo de bebés, por ejemplo), sino que entra en el campo de la consciencia, donde la persona puede “conocerla” como conoce cualquier otro hecho de su experiencia.

Tú y yo somos en pequeño (exceptuando el pecado) lo que Dios es en grande. Al ser hechos a su imagen tenemos en nuestro interior la capacidad de conocerle. Como tenemos pecado, solo carecemos del poder de hacerlo. En el momento en que el Espíritu nos ha vivificado mediante la regeneración, todo nuestro ser percibe su relación con Dios y salta de alegría por el gozo que le produce reconocerla. Este es el nacimiento espiritual, sin el cual no podemos ver el reino de Dios. Sin embargo, no es un fin sino un principio, porque ahora comienza la búsqueda gloriosa, la exploración feliz del corazón de las infinitas riquezas de la Deidad. Este es nuestro punto de partida, como digo, pero aún nadie ha descubierto cuál es el punto final, porque las profundidades asombrosas y misteriosas del Dios trino no tienen límite ni final.

*Océano sin orillas, ¿quién podrá sondear tu profundidad?
¡Oh majestad divina, rodeado de tu propia eternidad!*

Haber descubierto a Dios y aun así buscarle es la paradoja del amor que siente el alma, un proceso del que se burla el religioso que se satisface con poca cosa, pero justificado en la experiencia feliz de los hijos que tienen un corazón ardiente. San Bernardo expresó esta paradoja santa en una estrofa de cuatro versos que toda alma que adore comprenderá enseguida:

*Te probamos, oh Pan viviente,
y anhelamos darnos un festín contigo.
De ti bebemos, oh manantial,
y calmamos la sed de nuestras almas.*

Acércate a los hombres y mujeres santos del pasado y pronto sentirás el calor de su deseo por Dios. Lloraban por Él, oraban, luchaban y le buscaban de día y de noche, a tiempo y fuera de

tiempo, y cuando le encontraban aquella búsqueda anterior tan larga hacía que el encuentro fuera más dulce. Moisés utilizó el hecho de que conocía a Dios como argumento para conocerle mejor. “Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos” (Éx. 33:13); y partiendo de esto dio un paso más para hacer una petición muy atrevida: “te ruego que me muestres tu gloria” (v. 18). A Dios le complació mucho esta apasionada petición y, al día siguiente, llamó a Moisés al monte y allí, mediante una procesión solemne, hizo que toda su gloria pasara delante de él.

La vida de David fue un torrente de anhelo espiritual, y sus salmos resuenan con el clamor del buscador y el grito alegre de quien encuentra. Pablo confesó que el verdadero impulsor de su vida era su deseo ardiente de Cristo. La meta de su corazón era “conocerle” (Fil. 3:10), y a este fin sacrificaba todas las cosas. “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Fil. 3:8).

Los himnarios están llenos del anhelo por Dios, ese Dios al que el cantor busca pero que ya ha encontrado. “Veo su sendero y por él seguiré”, cantaban nuestros padres hace tan solo una generación, pero este himno ya no se oye en la gran congregación. ¡Qué tragedia es que nosotros, en estos días oscuros, dejemos que nuestros maestros busquen por nosotros! Se hace girar todo en torno al eje del acto inicial de “aceptar” a Cristo (un término, dicho sea de paso, que no se encuentra en la Biblia), y después nadie espera que busquemos con afán ninguna otra revelación de Dios a nuestras almas. Nos hemos visto atrapados con las cadenas de una lógica falsa, que insiste en que si hemos encontrado a Dios ya no tenemos necesidad de buscarle. Nos ponen esto delante como la última palabra en ortodoxia, y se da

por hecho que ningún cristiano estudioso de la Biblia ha creído jamás otra cosa. Por esto se deja bruscamente a un lado todo el testimonio sobre este tema que pueda tener la iglesia adoradora, que busca y que canta. Rechazan la teología del corazón experiencial de un gran ejército de santos fragantes a favor de una interpretación cómoda de las Escrituras que hubiera resultado extraña a un Agustín, un Rutherford o un Brainerd.

Admito con gozo que, en medio de esta frialdad, hay algunos que no se contentan con la lógica superficial. Admiten la fuerza del argumento, y luego se apartan con lágrimas para buscar

algún lugar solitario y orar: “Oh, Dios, muéstrame tu gloria”. Quieren gustar, tocar con sus corazones, ver con los ojos de su interior la maravilla que es Dios.



**La complacencia
es un enemigo
mortífero de
todo crecimiento
espiritual.**

Quiero fomentar deliberadamente este poderoso anhelo de conocer a Dios. La ausencia del mismo nos ha llevado a nuestro lamentable estado actual. La naturaleza rígida y reseca de nuestras vidas religiosas es el resultado de nues-

tra falta de deseo santo. La complacencia es un enemigo mortífero de todo crecimiento espiritual. Si no hace acto de presencia el deseo intenso, no habrá manifestaciones de Cristo a su pueblo. Él espera que le queramos encontrar. Es triste que en el caso de muchos de nosotros tenga que esperar tanto, tanto tiempo, y en vano.

Cada época tiene sus propias características. Ahora mismo vivimos en una era de complejidad religiosa. Raras veces se encuentra entre nosotros la simplicidad que está en Cristo. En lugar de ella encontramos programas, métodos, organizaciones y todo un mundo de actividades nerviosas que exigen tiempo y atención, pero que nunca satisfacen el deseo del corazón. La superficialidad de nuestra experiencia interior, la vaciedad de nuestra adoración

y esa servil imitación del mundo que caracterizan nuestros métodos promocionales dan testimonio de que, en nuestro tiempo, solo conocemos a Dios de forma imperfecta, y que apenas sabemos lo que es la paz que Él puede darnos.

Si queremos hallar a Dios en medio de todos esos elementos religiosos externos, primero hemos de decidir encontrarle y luego avanzar por el camino de la sencillez. Ahora, como siempre, Dios se revela a los “niños” y se oculta entre espesas tinieblas a las miradas de los sabios y los prudentes. Debemos simplificar nuestra forma de tratar con Él. Debemos reducirnos a los elementos básicos (y descubriremos que, por la bendición de Dios, son pocos). Debemos rechazar todo intento de impresionar, y acudir con la inocencia de los niños. Si lo hacemos, sin duda Dios responderá en muy poco tiempo.

Cuando la religión ha dicho su última palabra, poco hay que necesitemos que no sea al propio Dios. La mala costumbre de buscar a *Dios más algo* nos impide encontrarle en una revelación plena. Nuestro problema más grave reside en ese “más algo”. Si omitimos esta parte pronto encontraremos a Dios, y en Él hallaremos aquello que hemos estado deseando en secreto toda nuestra vida.

No debemos temer que al buscar a Dios estrechemos nuestras vidas o limitemos el movimiento de nuestros corazones que se expanden. La verdad es lo contrario. Bien podemos permitirnos convertir a Dios en nuestro todo, concentrarnos, sacrificar los muchos por el Único.

El autor del singular clásico inglés *The Cloud of Unknowing* (“La nube del no saber”) nos enseña a hacer esto: “Levanta tu corazón ante Dios con un manso impulso de amor; y dirígelo a Él por ser quien es, no para obtener ninguno de sus bienes. Y aborrece pensar en nada que no sea el propio Dios, de tal modo que nada influya en tu pensamiento ni en tu voluntad sino solo el propio Dios. Esta es la obra del alma que más complace a Dios”.

Una vez más, el escritor recomienda que al orar nos despojemos de todo lo que tenemos, incluso de nuestra teología. “Pues basta con una intención desnuda dirigida a Dios sin otra causa que Él mismo”. Sin embargo, en todo este pensamiento subyace el amplio cimiento de la verdad del Nuevo Testamento, porque el autor explica que al decir: “Él mismo”, se refiere al “Dios que te hizo, te compró y, en su gracia, te llamó a la posición que ocupas”. Y además defiende la sencillez: si pudiéramos tomar la religión y “doblarla y condensarla en una sola palabra, para poder tener un mayor control sobre ella, solo necesitamos una breve palabra de una sílaba, mejor que cualquiera de dos o tres, porque incluso lo que es más breve es mejor de acuerdo con la obra del Espíritu. Y esa palabra es el término DIOS o la palabra AMOR, aunque tenga dos sílabas”.

Cuando el Señor dividió Canaán entre las tribus de Israel, Aarón no recibió una porción del territorio. Dios se limitó a decirle: “Yo soy tu parte y tu heredad” (Nm. 18:20), y con esas palabras lo enriqueció más que a todos sus hermanos, más que a todos los reyes y marajás que han vivido en este mundo. Y aquí encontramos un principio espiritual, un principio que sigue siendo válido para todo sacerdote del Dios Altísimo.

El hombre cuyo tesoro es Dios tiene todas las cosas en Uno. Puede que le nieguen muchos tesoros ordinarios o, si se le permite tenerlos, su forma de disfrutar de ellos será tan moderada que jamás serán necesarios para su felicidad. O si tiene que ver cómo desaparecen uno tras otro, apenas sentirá la pérdida, porque al tener la Fuente de todas las cosas tiene en Uno solo toda la satisfacción, todo el placer, todo el deleite. Pierda lo que pierda, en realidad no ha perdido nada, porque ahora lo tiene todo en Uno, y lo tiene con pureza, legitimidad y para siempre.

Oh Dios, he probado tu bondad y me ha satisfecho y a la vez me ha hecho tener sed de más. Soy dolorosamente consciente de mi necesidad

de recibir más gracia. Me avergüenza mi falta de deseo. Oh Dios, el Dios trino, quiero quererte; anhelo ser lleno de deseo; tengo sed de tener incluso más sed de ti. Muéstrame tu gloria, te lo ruego, de manera que pueda conocerte de verdad. Por tu misericordia, empieza una nueva obra de amor en mí. Di a mi alma: “Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven”. Entonces dame la gracia necesaria para levantarme y seguirte en medio de estas tierras bajas y cubiertas de niebla por las que he caminado tanto tiempo sin rumbo. En el nombre de Jesús, amén.

LA VOZ QUE HABLA

*En el principio era el Verbo, y el Verbo era
con Dios, y el Verbo era Dios.*

JUAN 1:1

Un hombre inteligente pero sencillo, que no conozca las verdades del cristianismo, al encontrarse con este versículo seguramente llegaría a la conclusión de que lo que Juan pretendía enseñar con él era la naturaleza de un Dios que habla, que transmite a otros sus pensamientos. Y tendría razón. Las palabras son un medio por el que se expresan pensamientos, y la aplicación de este término al Hijo eterno nos lleva a creer que la autoexpresión es inherente en Dios Padre, que Dios siempre busca cómo expresarse a sí mismo ante su creación. Toda la Biblia respalda esta idea. Dios está hablando. No habló, sino que *está hablando*. Debido a su naturaleza, nunca deja de expresarse. Llena el mundo con su voz que habla.

Una de las grandes realidades que tenemos que asimilar es la voz de Dios en este mundo. La cosmogonía más breve y la única satisfactoria se resume en esta frase: “habló y fue hecho”. El *porqué* de la ley natural es la voz viviente del Dios inmanente en su creación. Y no podemos pensar que esta palabra de Dios que hizo existir a todos los mundos se refiere a la Biblia, porque no se trata de una palabra escrita ni impresa, sino la expresión de la voluntad de Dios insertada en la estructura de todas las cosas. Esta palabra de Dios es el aliento divino que llena el mundo de

un potencial vivo. La voz de Dios es la fuerza más poderosa de la naturaleza, en realidad la única fuerza de la naturaleza, porque si existe cualquier tipo de energía es porque Dios pronuncia el Verbo lleno de poder.

La Biblia es la Palabra escrita de Dios y, dado que está escrita, se encuentra contenida y limitada por las necesidades de la tinta, el papel y el cuero. Sin embargo, el Verbo de Dios está vivo y es libre como lo es el Dios soberano. “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6:63). La vida radica en las palabras pronunciadas. En la Biblia, la voz de Dios tiene poder solo porque se corresponde con la voz de Dios en el universo. Es la voz presente la que hace que la Palabra escrita sea todopoderosa. De otro modo, se vería atrapada y adormecida entre las cubiertas de un libro.

A veces adoptamos una visión baja y primitiva de las cosas cuando concebimos que Dios, durante la creación, entró en contacto físico con las cosas, dándoles forma, encajándolas y construyendo como lo hace un carpintero. La Biblia nos dice otra cosa: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca... Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Sal. 33:6, 9). “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la Palabra de Dios” (He. 11:3). De nuevo hemos de recordar que aquí Dios no se refiere a su Palabra escrita, sino a su voz hablante. Se refiere a su voz que llena mundos, esa voz que precede a la Biblia incontables siglos, la voz que no ha guardado silencio desde el alba de la creación, sino que sigue resonando hasta en los últimos confines del universo.

El Verbo de Dios es veloz y poderoso. Al principio le habló a



**La voz de Dios
es la fuerza más
poderosa de la
naturaleza, en
realidad la única
fuerza de la
naturaleza.**

la nada, y esta se convirtió en *algo*. El caos le escuchó y se convirtió en orden; las tinieblas le oyeron y fueron luz. “Y dijo Jehová... y fue hecho”. Estas dos frases, como causa y efecto, aparecen en toda la historia de la creación que leemos en Génesis. El *dijo* precede al *hecho*. El *hecho* es una forma presente continua de lo que se *dijo*.

Dios está aquí y habla; estas verdades son la columna vertebral de todas las otras verdades bíblicas; sin ellas no podría haber ninguna revelación. Dios no escribió un libro y lo envió mediante un mensajero para que unas mentes que vivían muy lejos lo leyeran sin ayuda. Pronunció un Libro, y vive en las palabras que dijo, diciéndolas sin cesar y haciendo que el poder contenido en ellas persista con el paso de los años. Dios echó su aliento sobre el barro y este se hizo hombre; lo echó sobre los hombres y estos se convierten en barro. “Convertíos, hijos de los hombres” (Sal. 90:3); estas fueron las palabras pronunciadas durante la Caída, mediante las cuales Dios decretó la muerte de toda persona, y no tuvo que añadir ninguna otra palabra. El triste desfile de la humanidad por la superficie del mundo, de la cuna a la tumba, es la prueba de que lo que dijo Dios al principio era suficiente.

En el libro de Juan hallamos una afirmación a la que no hemos prestado la atención que se merece: “Aquella luz verdadera, que alumbró a todo hombre, venía a este mundo” (Jn. 1:9). Podemos cambiar la puntuación como queramos, pero la verdad sigue siendo la misma: la voz de Dios afecta los corazones de todos los hombres como luz para el alma. En los corazones de todos los hombres brilla la luz, suena la voz, y no podemos escapar de ellas. Si Dios vive y está en este mundo, esto debe ser así por necesidad. Y Juan dice que lo es. Incluso las personas que nunca han oído hablar de la Biblia han recibido un mensaje lo bastante claro como para eliminar para siempre cualquier excusa que puedan plantear sus corazones. “Mostrando la obra

de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos” (Ro. 2:15). “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Ro. 1:20).

A menudo los antiguos hebreos llamaban a esta voz universal de Dios “la sabiduría”, y sostenían que estaba en todas partes, resonando y buscando por toda la tierra, esperando alguna respuesta del corazón de los hombres. El octavo capítulo del libro de Proverbios empieza diciendo: “¿No clama la sabiduría y da su voz la inteligencia?” (Pr. 8:1). Entonces el escritor retrata a la sabiduría como una hermosa mujer que está “en las alturas junto al camino, a las encrucijadas de las veredas se para” (v. 2). Alza su voz desde todas partes, de modo que nadie pueda dejar de escucharla. “Oh hombres, a vosotros clamo; dirijo mi voz a los hijos de los hombres” (v. 4). Luego implora a los sencillos y a los necios que presten atención a sus palabras. Lo que ruega la sabiduría de Dios es una respuesta espiritual, una respuesta que siempre ha buscado y que raras veces ha podido obtener. La tragedia consiste en que nuestro bienestar eterno depende de que la escuchemos, y hemos preparado nuestros oídos para no hacerlo.

Esta voz universal siempre se ha dejado oír y, a menudo, ha atribulado a los hombres, incluso cuando estos no lograban comprender cuál era el origen de sus temores. ¿Es posible que esa voz, que se destila como una niebla viviente en los corazones de los hombres, haya sido la causa no descubierta de la conciencia inquieta y del deseo de inmortalidad que han confesado millones de personas desde que contamos con registros escritos de la historia? No temamos aceptar esta conclusión. La voz que habla es un hecho. Cualquier observador se dará cuenta de cómo han reaccionado los hombres a ella.

Cuando Dios habló desde los cielos a nuestro Señor, los

hombres egoístas que le escucharon lo explicaron recurriendo a causas naturales. Dijeron que había sido “un trueno” (Jn. 12:29). Esta costumbre de explicar la voz apelando a la ley natural es la esencia de la ciencia moderna. En el cosmos viviente, que respira, existe un Algo misterioso demasiado maravilloso, demasiado terrible para que lo pueda entender la mente humana. El hombre que cree no afirma comprenderlo. Cae de rodillas y susurra “Dios”. El hombre de la Tierra también se arrodilla, pero no para adorar. Se arrodilla para examinar, para buscar, para encontrar la causa y descubrir cómo son las cosas. Ahora mismo vivimos en una era secular. Nuestras pautas intelectuales son las de los científicos, no las de los adoradores. Tenemos más tendencia a explicar que a adorar. “¡Ha sido un trueno!”, decimos, y seguimos caminando a nuestra manera. Pero aun así la voz habla y busca. El orden y la vida de este mundo dependen de esa voz, pero la mayoría de las veces los hombres estamos demasiado ocupados o somos demasiado tozudos como para prestarle atención.

Todos hemos tenido experiencias que no hemos podido explicar: una repentina sensación de soledad, o una sensación de asombro o de temor reverente frente a la inmensidad del universo. O quizá hayamos experimentado una visita pasajera de la luz, como la iluminación procedente de algún otro sol, que nos ha dado en un breve instante la seguridad de que pertenecemos a otro mundo, que nuestro origen es divino. Lo que vimos, o sentimos, o escuchamos, puede que contradijese todo lo que nos han enseñado en la escuela y que no coincida para nada con todas nuestras creencias y opiniones anteriores. Nos vimos obligados a suspender nuestras dudas adquiridas mientras, por un instante, las nubes se descorrieron y vimos y oímos por nosotros mismos. Da igual cómo expliquemos tales cosas, creo que no seremos justos con los hechos hasta que al menos dejemos abierta la posibilidad de que esas experiencias

surgieron de la presencia de Dios en el mundo y de su esfuerzo constante de comunicarse con la humanidad. No rechazemos con frivolidad esta hipótesis.

Personalmente creo (y no me sentiré mal si nadie coincide conmigo) que todas las cosas buenas y hermosas que el ser humano ha creado en este mundo han sido el resultado de su respuesta, imperfecta y pecaminosa, a la voz creativa de Dios que se oye en todas partes. Los filósofos morales que tuvieron sueños elevados de virtud, los pensadores religiosos que especularon sobre Dios y la inmortalidad, los poetas y artistas que crearon, partiendo de materiales ordinarios, una belleza pura y duradera... ¿Cómo se puede explicar esto? No basta con decir, simplemente, que fueron “genios”. Entonces, ¿qué es el genio? ¿No podría ser que un genio fuera un hombre acosado por la voz que habla, que trabaja y se esfuerza como un poseso para alcanzar unas metas que solo entiende a medias? El hecho de que un gran hombre no haya detectado a Dios en medio de sus tareas, que incluso haya hablado o escrito contra Dios, no destruye la idea que propongo. La revelación redentora de Dios en las Santas Escrituras es necesaria para la fe salvadora y la paz con Dios. La fe en el Salvador resucitado es necesaria si queremos que las indefinidas visiones de la inmortalidad nos lleven a tener una comunión reposada y satisfactoria con Dios. Para mí, esta es una explicación plausible de todo lo que es mejor y procede de Cristo. Pero puedes ser un buen cristiano y no aceptar esta tesis.

La voz de Dios es amigable. Nadie tiene que sentir miedo al escucharla, a menos que ya haya decidido resistirse a ella. La sangre de Jesús ha cubierto no solo a la raza humana, sino también a toda la creación: “Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Col. 1:20). Podemos predicar sin temor un cielo amistoso. El cielo, así como la tierra, está lleno de la buena voluntad de aquel que habitaba

en la zarza. La sangre perfecta de la expiación nos garantiza esto para siempre.

Todo el que escuche oirá cómo habla el cielo. Está claro que hoy día no es precisamente el momento cuando a los hombres les agrada que los exhorten a *escuchar*, porque prestar atención no forma parte de la religión popular moderna. Estamos en el extremo opuesto. La religión ha aceptado la monstruosa herejía de que el ruido, el tamaño, la actividad y la fanfarronería hacen que Dios ame a una persona. Pero podemos tener esperanza. A un pueblo atrapado en la tempestad del último gran conflicto, Dios le dice: “estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Sal.

46:10), y sigue diciéndolo, como si pretendiera decirnos que nuestra fortaleza y nuestra seguridad no se encuentran en el ruido, sino en el silencio.



**Dios no está
callado ni lo ha
estado nunca.**

Es importante que estemos quietos para esperar en Dios. Y lo mejor es que estemos solos, preferiblemente teniendo

delante nuestra Biblia abierta. Entonces, si queremos, podemos acercarnos a Dios y empezar a escuchar cómo habla a nuestros corazones. Creo que para la mayoría la progresión será como sigue: primero, un sonido como el de una presencia caminando en un jardín. Luego, una voz más inteligible pero que aún no está clara. Luego el momento feliz en que el Espíritu empieza a iluminar las Escrituras, y en que aquello que solo había sido un sonido, o como mucho una voz, se convierte en palabras inteligibles, cálidas e íntimas, y tan diáfanas como la voz de un querido amigo. Entonces vendrán la vida y la luz y, lo mejor de todo, la capacidad de ver, descansar y abrazar a Jesucristo como Salvador, Señor y el todo en la vida.

La Biblia nunca será un libro vivo para nosotros hasta que estemos convencidos de que Dios se comunica en este universo. A la mayoría de personas les resulta imposible pasar de un mundo

muerto, impersonal, a una Biblia dogmática. Quizá admitan que *deberían* aceptar la Biblia como Palabra de Dios, y a lo mejor intentan considerarla como tal, pero les resulta imposible creer que las palabras plasmadas en esas páginas vayan dirigidas de verdad a ellos. Un hombre puede *decir* “Estas palabras son para mí”, pero en su corazón no sentir y saber que es así. Es víctima de una psicología dividida. Intenta pensar que Dios guarda silencio en todas partes menos en un libro.

Creo que buena parte de nuestra incredulidad religiosa se debe a un concepto equivocado y a un sentimiento erróneo de la verdad hacia las Escrituras. De repente, un Dios silencioso empezó a hablar en un libro y, cuando este concluyó, volvió a guardar silencio para siempre. Ahora leemos el libro como un registro de lo que dijo Dios cuando, durante un tiempo, tuvo ganas de comunicarse. Con ideas como esas en la cabeza, ¿cómo vamos a creer? La realidad es que Dios no está callado ni lo ha estado nunca. Por su naturaleza, Dios habla. La segunda Persona de la Santa Trinidad recibe el nombre de *Verbo*. La Biblia es el resultado inevitable del discurso continuo de Dios. Es la declaración infalible de su mente, destinada a nosotros y manifiesta en palabras humanas que conocemos bien.

Creo que cuando abordemos nuestra Biblia sabiendo que no es solo un libro que Dios dictó en otro tiempo, sino un libro que *nos habla ahora*, de entre la niebla religiosa surgirá todo un mundo nuevo. Habitualmente, los profetas decían “así *dice* el Señor”. Querían que sus lectores entendieran que la comunicación de Dios está en tiempo presente. Podemos usar bien el tiempo pasado para indicar que en determinado momento Dios dijo unas palabras concretas, pero la palabra que dice Dios sigue activa hoy día, igual que sigue estando vivo un niño recién nacido o sigue existiendo un mundo que fue creado. Y estas son ilustraciones imperfectas, porque los niños mueren y los mundos se queman, pero la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre.

Si quieres seguir conociendo al Señor, acude de inmediato a la Biblia abierta esperando que te hable. No acudas pensando que es un *objeto* que puedes manejar según te convenga. Es algo más que un objeto, es una voz, una palabra, el Verbo del propio Dios viviente.

Señor, enséñame a escuchar. Vivimos en una época de ruido, y tengo los oídos cansados debido a los mil sonidos estridentes que me acosan en todo momento. Dame el espíritu del niño Samuel cuando te dijo: “Habla, porque tu siervo oye”. Permíteme oírte hablar en mi corazón. Quiero acostumbrarme al sonido de tu voz, que su tono me sea familiar cuando mueran los sonidos de este mundo y el único que quede sea la música de tu voz que habla. Amén.